

Dos Escritores Desaparecidos

Teófilo Cid

Nicomedes Guzmán

Apenas si mediaron diez días entre la muerte de Teófilo Cid y la de Nicomedes Guzmán, dos brillantes escritores de la Generación del 38. El primero, un valiosísimo poeta y el segundo, un gran novelista del pueblo. Teófilo Cid no cumplía aún los cincuenta años y Nicomedes Guzmán los cumplió exactamente el día de su muerte. Acongoja su desaparición a una edad en que la madurez y ascenso literarios hacían esperar de sus talentos nuevas obras que enriquecieran nuestro acervo cultural.

Son dos escritores que empiezan a escribir durante el periodo de gestación y advenimiento al gobierno de la alianza política del Frente Popular, movimiento que promovió un verdadero renacer económico, social y cultural de grandes proyecciones para el país. En derredor de las ideas que inspiraron el espíritu de 1938 nació una generación de escritores y artistas que aporta una concepción renovada del arte, el hombre y la sociedad. Pertenecen al pueblo, vibran con sus problemas, tienen una amplia conciencia social, participan de las luchas populares e investigan acuciosamente la realidad nacional. Incorporan a sus creaciones al hombre común, sus aspiraciones y sentimientos. Echan a andar por las páginas de sus libros a un ser de carne y hueso que sufre y yergue su presencia como soldado de una clase: la obrera y campesina. No es ya el ente pintoresco y estático, imagen para turistas o retablo de contemplación hogareña. El escritor vive las experiencias de sus protagonistas y traza un cuadro dinámico donde el entronque y proyección sociales cimentan un miraje más amplio y entrañado. Atrás queda el criollismo, etapa necesaria, con sus vestiduras y su aire

regional. Surge el minero como miembro de una comunidad luchadora y rebelde; el campesino alzando su herramienta como un arma; el obrero industrial desfilando por las anchas calles urbanas.

La Generación del año 38, en sus inicios, fue inquieta, inconformista y turbulenta. Buscaba su lugar en la historia. Se forman grupos, asociaciones; nacen revistas, manifiestos y carteles. Impera la movilidad y el ansia de estudio y trabajo. Los poetas asumen actitudes irreverentes y pasionales. Los prosistas se sumergen en la realidad nacional con violencia y amor. Y ciertamente que la Generación del 38 ha cumplido ampliamente con su rol social y cultural. Aunque la mayor parte de sus miembros está en plena tarea creadora, lo ya realizado bastaría para señalarla como una generación extraordinariamente fecunda.

Los escritores fallecidos pertenecieron a ella. Prematuramente rindieron sus vidas. No hay ninguna duda que sus obras son ya patrimonio de nuestra cultura.

Nicomedes Guzmán, escritor nato, se da a conocer con un libro de versos, juvenil manifestación de sus inquietudes estéticas. Pero es en la novela y el cuento donde encuentra generoso cauce su expresión. Su novela "Los hombres oscuros" conmueve a la opinión pública y los críticos señalan la aparición de un autor en la línea y estatura de un Baldomero Lillo. Un Baldomero Lillo remozado y actual, digno heredero de su honrosa tradición realista. Nicomedes Guzmán arrebató de su infancia sufriente y miserable un trozo desgarrado de vida donde el dolor y la alegría, la luz y la sombra entregan su palpitante emoción humana. Es un documento que

subyuga por su carga de autenticidad. Los habitantes del conventillo no son observados por las hendiduras de las paredes ni furtivamente por el vano de la puerta. Son ellos mismos expresándose en el texto vital del relato. Unos seres transidos de humanidad, inconformes, heroicos y anónimos y que, después de habérselos presentado Nicomedes Guzmán, se nos aparecen como los héroes de una gesta ignorada y terrible y cuyo ostracismo social hiere nuestra sensibilidad, aparejándonos a su destino. Es cierto que Nicomedes Guzmán había tenido antecesores; ya nombramos a Baldomero Lillo, podría citarse a Manuel Rojas, González Vera, Alberto Romero y Sepúlveda Leyton; pero su tratamiento adquiere un carácter distinto, porque nuestro autor demuestra haber experimentado las vivencias que describe y las proyecta en un cuadro dinámico, insurgente, atribuido de las condiciones propias de un pueblo viril, insatisfecho con el destino a que lo somete una sociedad madrastra. Viene "La sangre y la esperanza", novela que es un vasto friso de la clase proletaria chilena. Nicomedes Guzmán afianza definitivamente sus virtudes de novelista e insiste en profundidad y extensión en los personajes que han de vitalizar toda su creación: los obreros. Son sus padres o sus hermanos, lo mismo da, pero ellos ya no son el apretujado enjambre de las multitudes desorientadas, sino el proletariado consciente y combativo, protagonista fértil de la historia que se escribe con "sangre y esperanza". Esta novela es uno de los libros señeros de nuestra novelística y está considerada como una obra de registro americano, junto a "El mundo es ancho y ajeno", "Las lanzas coloradas", "Los ríos profundos", etc. Nicomedes Guzmán fue un trabajador de nuestra literatura. Escribe cuentos que recoge en "Una moneda al río" y "El pan bajo la bota". Estudia a otros escritores y los divulga. Es autor de varias antologías, entre ellas "Autorretrato de Chile", una recopilación donde aparecen más de cincuenta escritores chilenos y que constituye una imagen emocionada y bella de nuestra patria. Publica "La luz viene del mar", una novela del norte chileno, llena de color y vida, y escrita con una técnica diferente al resto de sus libros. Deja inédita la novela "Los trece meses del año", continuación de "La sangre y la esperanza" y que, por los capítulos que se han dado a conocer en periódicos y revistas, completa con el vigor y emotividad característicos a toda su producción, el curso vital de los personajes que trazó en su novela maestra.

Teófilo Cid era el poeta por antonomasia y un luchador a su manera. Impregnado de los mismos principios que alentaron la insurgencia de sus compañeros de generación, exhibe su espíritu inconformista al integrar el Grupo Mandrágora, iconoclasta y desenfadada asociación de poetas que patrocina una mayor conexión de la poesía chilena con los movimientos internacionales, especialmente el surrealismo francés. Dotado de un entrañable amor por las cosas nuestras, eligió un camino inverso al de Nicomedes Guzmán, pero que conducía al mismo centro: el corazón de su patria y de su gente. Hijo de hogar acomodado, conocedor de culturas extranjeras, traductor del francés, lector sistemático, se sintió tocado por una vocación interior que lo urgía a ser un poeta diferente al resto de los poetas chilenos. Adscrito en su juventud a la influencia convivencial y humana de Vicente Huidobro, rompe ligaduras y se empeña en una búsqueda laboriosa de sí mismo. No fue creacionista y si integró el grupo madragórico, siempre quiso conservar su esencia personal. Recogió del surrealismo francés sus elementos positivos. El automatismo, por ejemplo, le sirvió para darle a sus poemas un aéreo contorno de transfiguración onírica, pero había, subyaciendo en sus creaciones, un plan y una idea. Quería despojar a la poesía de cierta pesadez formal y conferirle mayor riqueza conceptual. Meditó largamente en el rol que jugaba la metáfora en el poema. Conocía sobradamente el aporte del surrealismo en este aspecto y lo aprovechó en su poesía. Fulgura en ella una forma que no es la usual, siempre estremecida de temblor vivencial, fina, decantada, elegante. Su afán innovador no lo condujo a excesos retóricos, porque poseía un criterio muy lúcido. Sus temas favoritos fueron el tiempo, el amor, la muerte. Temas que trató de manera concreta, lejos de la evanescencia abstracta de los metafísicos, rozando con súbitos lamos intuitivos la esencia en su más alta belleza. El entrevero existencial llegó hasta su poesía y labró acabados poemas que vivirán largamente en nuestras antologías. Decíamos que fue un luchador a su manera. Nadie como él deseó rodear el oficio del escritor de la dignidad propia de un trabajo que requiere una especialización conseguida en la maceración personal y el estudio permanente. Reclamó para sí el respeto y la consideración que se debían a un escritor. Lo logró, pero su conquista le exigió el sacrificio supremo de su vida, privado durante la mayor parte de su existencia de los bienes que ha-

cen mas llevadero el camino duro de la creación desinteresada. Teófilo Cid cultivó varios géneros: la poesía, que fue el centro solar de su obra, el cuento, la novela, el teatro y la crónica periodística, "Bouldroud", cuentos, es su primer libro; le sigue "El tiempo de la sospecha", relato; "El camino del Nielol", poema; "Niños en el río", poema; "Nostálgicas mansiones", poemas. Escribió en colaboración con Armando Menedin una obra de teatro: "Alicia ya no sueña", que fuera premiada en el concurso Gabriela Mistral. Deja inéditos un conjunto de poemas y varios relatos que deseaba agrupar bajo el nombre de "Tarde en el estadio".

Desaparecen dos escritores muy valiosos y estimados. Es una pérdida irreparable para

las letras chilenas. De ellos, que murieron jóvenes, en plena madurez y ascenso literarios, se esperaban muchos y excelentes libros. Siempre es doloroso ver tronchadas las existencias de los que abren un espacio de luz en el campo del arte. Pero es una muerte que los incorpora definitivamente a la historia literaria de Chile.

ARAUCO rinde a Teófilo Cid y Nicomedes Guzmán el homenaje de su admiración y sentimiento, señalando que ya el pueblo, al través de la Municipalidad de San Miguel, les había reconocido sus méritos distinguiéndolos con el Premio Nacional de Literatura del Pueblo del año 1963.

G.

¡EDITADO AHORA EN CHILE!

Apareció

"MONTHLY REVIEW"

Selecciones en Castellano Nº 10

INDICE:

- 1.— LA GUERRA COLONIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS, por Leo Huberman y Paul M. Sweezy
- 2.— ENTREVISTA CON MALCOLM X, por A. B. Spellman.
- 3.— DILEMAS DEL IMPERIALISMO EN EL SUDESTE ASIATICO, por William J. Pomeroy.
- 4.— PAUL A. BARAN, por Paul M. Sweezy.
- 5.— ISRAEL Y CHINA, por Ursula Wassermann.
- 6.— EL COMUNISMO COMO IDEAL, por Paul M. Sweezy.
- 7.— LOS TAIPINGS EN SHANGAI, por Hugh Deane.

Solicite su ejemplar en: Estado 360 - Of. 6

Librería Latinoamericana: San Martín 136